

mas espléndida de sus capitales, hizo avanzar treinta mil hombres á las órdenes de su mejor general Sophi-Kuli-khan.

Al acercarse estas tropas, Bekir, cambiando de repente; propuso á Hafiz la defensa en comun de Bagdad contra los persas, llamados por sus intrigas á condicion de ser investidos por la Puerta con el gobierno hereditario de la ciudad. Hafiz respondió á esta proposicion levantando el puñal contra el enviado de Bekir. Al dia siguiente, Bekir se habia declarado súbdito de Schah-Abbas, y enviaba insolentemente, no ya en nombre suyo, sino en el del rey de Persias una intimacion á Hafiz para que evacuara con su ejército el territorio persa. Uno de los trescientos señores persas que entraron en la ciudad de Bagdad era portador de la intimacion.

« Nosotros no estamos en territorio persa, respondió Hafiz, estamos aquí para castigar á un rebelde, « y nuestra mision no puede turbar la paz de los dos « reinos. »

« — El ave que cae en la red pertenece al cazador, » replicó el enviado.

« — El ave de que hablas está en nuestra jaula » repuso el serdar con la mano en la cimitarra, « si se « escapa y cae en vuestras redes, no lo perseguiremos. »

« — ¡Tregua de vanas palabras! » gritó orgullosamente el persa; « alejáos de los muros de Bagdad, ó « Kartschghaikhan sabrá arrojaros muy pronto.

« — ¡Si la paz es violada, » replicó Hafiz-bajá, « que la infraccion caiga sobre vuestra cabeza! »

VI

En el momento en que estos combates, estas negociaciones y estas traiciones tenian en suspenso la suerte de Bagdad, el gran visir enviaba á Bekir el título de bajá, de gobernador hereditario de la ciudad y de defensor de la *casa de la salud*, apellido religioso de la capital de los khalifas. Esta satisfaccion de la ambicion de Bekir hizo de este árabe, traidor á los otomanos, uno mas traidor todavía á su nuevo señor. Mandó venir á su presencia, uno tras de otro á los trescientos persas que habia introducido en el castillo *del Ave*, los mató é hizo colgar los trescientos cadáveres en las almenas de la ciudad para aterrar al ejército persa. Solo conservó á uno para que llevase á Schah-Abbas la noticia de su traicion. « Vida larga al rey Schah-Abbas, » decia irónicamente en este

mensaje; « él nos [ha librado con vuestra presencia de la opresion de los turcos; nosotros somos libres ahora y señores de Bagdad; encargáos de llevar á vuestro soberano las acciones de gracias de Bekir.

VII

Hafiz se replegó con su ejército inútil á Mossul, despues de esta vergonzosa transaccion de la Puerta.

Entretanto, Schah-Abbas, indignado con la perfidia y la insolencia del nuevo bajá Bekir, apareció catorce dias despues al pié de los muros de Bagdad, para vengar el ultraje hecho á su honor y á sus soldados. Bekir imploró el auxilio de Hafiz. Este serdar, ocupado en rechazar el ejército de Abaza que marchaba sobre él hacia Mossul, no pudo enviar mas que un destacamento á Bagdad. Esta fuerza, mandada por Hussein-bajá, no pudo forzar la línea del bloqueo cerrada por los persas, y Hussein-bajá, llamado por ellos á una conferencia, fué asesinado en represalias de la muerte de los trescientos persas, sacrificados por Bekir.

El sitio duraba tres meses hacia; las minas habian

abierto sesenta brechas en las fortificaciones; el hambre y el terror habian hecho desertar á muchos habitantes que se fueron al campamento de los persas. El mismo hijo de Bekir, educado con el perverso ejemplo de su padre, no vacilaba en conspirar contra el autor de sus dias, de consuno con los sitiadores. Llamábase Mohammed y mandaba la ciudadela de Bagdad. La promesa de ser nombrado gobernador de la ciudad por Schah-Abbas en lugar de su padre, le hizo abrir las puertas para dar entrada á los sitiadores en la noche del 28 de noviembre de 1623.

Bekir supo al despertar por el toque de los timbales persas y la voz de los muezzines que era víctima de la traicion de su hijo y prisionero de Abbas. « La « ciudad es del Schah, » gritaban en todos los ángulos de la ciudad. « El rey de persia concedé una amnistía « general á todos los habitantes; que los mercados se « abran, y que nadie insulte á su vecino bajo el pre- « texto de la diferencia de culto ó de raza en la capital « comun de los descendientes de los khalifas. » Esta amnistía y esta tolerancia de Abbas cambiaron al instante en seguridad y abundancia el terror y la miseria de la ciudad. Abbas no queria destruir ciudades sino reconstruir una monarquía.

Bekir, traído ante el Schah al mediodía, habló á su indigno hijo sentado junto al vencedor para juz-

garlo y sentenciarlo. Este hijo desnaturalizado ultrajó á su padre con el gesto y la palabra, y le echó en cara, en nombre de la traicion que acababa de cometer, las traiciones que él habia cometido contra los turcos y los persas. Por recompensa del parricidio recibió los tesoros paternales.

VIII

Sin embargo, la amnistía y la tolerancia de Abbas no pudieron prevalecer largo tiempo contra la animosidad religiosa de los persas, sectarios de Alí, ni contra los habitantes de Bagdad, que bajo la dominacion de los otomanos se habian hecho sectarios de Omar. Los suplicios ensangrentaron la ciudad conquistada. Nuri-Effendi y Omar-Effendi, predicadores famosos de las dos principales mezquistas de la ciudad, habiendo rehusado el blasfemar de los nombres de Omar y Othman, fueron colgados de una palmera con una cuerda de camello que los atravesaba la quijada, y fusilados lentamente, sirviendo de blanco á los fanáticos sedientos de sangre.

Bekir, encerrado á la vista de su hijo en una jaula

de hierro, fué atormentado en ella durante seis dias y seis noches. Al sétimo dia, colgaron su jaula encima de una hoguera que encendia las barras de hierro, para obligarlo á declarar en qué subterráneos tenia escondidos sus tesoros. Su hijo, con el vaso en la mano y bebiendo á la salud de los verdugos asistía al suplicio de su padre. Por último, metieron á Bekir en una barca cubierta con una capa de betun y azufre para que muriera del modo que habia éldado muerte al aga Mohammed.

Toda la ciudad contempló sin compasion desde las márgenes del Tigris la tortura del traidor, castigado por la traicion. Solo Abbas, aterrado por la atrocidad del hijo de Bekir, á quien habia prometido la herencia de su padre, lo desterró al Khorassan, en donde los verdugos tardaron muy poco á vengar al cielo y la naturaleza.

Así volvió á caer Bagdad bajo el yugo de las leyes de la Persia. Schah-Abbas permaneció en ella algunos dias para visitar las tumbas de los santos del islamismo. Desde allí envió á su ejército á perseguir á Hafiz hasta los muros de Mossul.

La fidelidad de un perro á su señor, segun el historiador Petschewi, salvó la ciudad y el ejército. Una mujer kurda, enamorada de un persa que habia prometido abrirle una puerta secreta de las mu-

rallas, se levantó durante la noche para cumplir su promesa : levantaba ya el hacha sobre la cabeza de su marido que dormía, cuando el perro, testigo del crimen, se lanzó al cuello de la mujer infiel, la derribó en tierra, y despertando con sus ladridos á la guardia de la ciudadela, salvó á la vez á su amo, la ciudad y las tropas. En los fosos de Mossul se ve el sepulcro del perro, cuyo memoria ha conservado la tradicion.

IX

Amurat IV reparó con sangre el abatimiento que causó á los otomanos la pérdida de Bagdad. El gran visir Alí le ofrecía el espectáculo y le excitaba el gusto de las ejecuciones. Sospechando que el gobernador de Egipto Beber-Mohammed habia venido á Constantinopla con la esperanza de sucederle en el poder supremo, llamó á Beber al divan. Antes de abrir la sesion, reunió algunos bostandjis de su guardia y los dijo : « El padischah ha decretado la muerte de un gran culpable : ¿ quién de vosotros se ofrece á ejecutar la sentencia? »

Uno de los protegidos y de los favoritos mas agradecidos del gobernador de Egipto, llamado Kara-Mahmoud, ignorando cual era la víctima, se presentó para obedecer el primero al sultan. « Está bien, dijo el gran visir, hiere á aquel que yo hiera. »

Un instante despues anunciaron al gobernador de Egipto; el gran visir se levantó, salió hasta el peristilo del palacio, y llenando de imprecaciones á Beber, que subía los últimos peldaños, le dió con el puño en el pecho y lo precipitó por las escaleras. A esta señal, Mahmoud reconoció demasiado tarde que aquel, á quien debia matar, era su protector y segundo padre. Volvió la cabeza y dijo que sus bostandjis acabáran con su bienhechor.

El sultan se endurecía así con el espectáculo de los suplicios. Dos dias despues, habiéndole arrancado forzosamente las tropas descontentas, la destitucion de su cuñado Beiram, aga de los genizaros, hizo comparecer en el divan, una vez cumplida la exigencia, al aga de los spahis y vió rodar su cabeza por la alfombra desde el fondo de una tribuna con celosias.

A instancias de la sultana Validé Kœsem, protectora del antiguo jefe de los eunucos negros del haren de Ahmet I, el gran visir llamó de la Meca á este desterrado para devolverle su puesto en el serrallo.

« Guárdate de ese pérfido eunuco, » le decian sus

amigos, « él te perderá. » El eunuco Mustafá, vuelto en efecto á su puesto de confianza y conspirando con el muftí, no tardó en justificar estos vaticinios. Dijo al sultan lo que el gran visir le habia ocultado hasta entónces, la toma de Bagdad, los progresos de la rebelion de Abaza-bajá, las victorias de los persas, la penuría del tesoro, la insubordinacion de los ejércitos, la degradacion del reinado bajo un ministro que hacia temblar el serrallo, al paso que dejaba las provincias en el mayor desórden.

Amurat IV, dice la narracion veneciana, llamó secretamente al muftí, le preguntó si era cierto que deseaba resignar su dignidad para dejársela al padre político del gran visir. El muftí sorprendido declaró que jamás habia dado aquella esperanza ni hecho tal insinuacion á Alí. Convencido Amurat de la ambicion y la falsía de su primer ministro, lo hizo venir al serrallo y le mandó cortar la cabeza en su presencia. Los tesoros de Alí, que montaban á setecientas mil píastras amonedadas, llenaron el vacío tesoro del imperio. Mere-Husseín, antiguo gran visir, enredado en sus propios lazos, y culpable de una parte de las calamidades del imperio, fué extrangulado el mismo dia, y sus despojos evaluados en cincuenta mil ducados, aumentaron las confiscaciones que afluián á su manantial.

Un viejo circasiano, llamado Mohammed-Tscherkesse, nombre derivado del de su patria, antiguo caballero de los sultanes, mantenido en el serrallo v en los campamentos, incapáz para los negocios, fué elevado, apesar suyo, al rango de gran visir. Despues de haber violentado con la rudeza de un bárbaro á los enviados y los protegidos de las potencias cristianas, para hacerles pagar sus privilegios religiosos en Jerusalem y otras partes, Mohammed-Tscherkesse reunió el ejército para sofocar la rebelion de Abaza.

X

Continuaba este bajo Amurat, sin motivo ya, el papel de vengador del sultan Othman II. El mismo Amurat sobre el trono era el vengador vivo de su hermano; pero la rebelion habia echado tales raices entre los caramanios, que los insumisos turcomanos hallaban bueno todo pretexto para seguir á Abaza. Su verdadera insurreccion era contra los genizaros; él los sacrificaba sin piedad y sin excepcion, donde quiera que los encontraba en las ciudades que le abrian las puertas.

En Siwas, tres oficiales de genízaros, hechos prisioneros por su teniente Djafar, rebelde todavía mas feroz que él, fueron atados sobre camellos y paseados por las calles con mechas encendidas, que les atravesaban la carne de los hombros, ardiendo á fuego lento con mucho aplauso del populacho: « Tal es la recompensa, » gritaban delante de ellos los pregoneros, « de los soldados que hacen traicion y ma- tan á su padischah. » Los caminos estaban sembrados de cadáveres insepultos de los genízaros, spahis, topdjis ó artilleros, supuestos culpables del asesinato de Othman II.

El ejército de Abaza, fuerte de sesenta mil turcomanos, fanático y fiel, avanzaba de triunfo en triunfo hácia Siwas. Acampado en el valle *de las Nieves*, aguardaba, haciendo ejercicios, las tropas del gran visir. El comandante de Siwas, Taiar-bajá, aunque adicto aparentemente á su causa, se entendia con otro de sus tenientes, con Kulaun-bajá para destruirlo. Habia hecho la paz con el gran visir. Sin embargo, Taiar-bajá meditaba la doble ruina de Abaza por medio de Kulaun, y de Kulaun por medio de Abaza. Procuraba sembrar la desconfianza entre estos dos jefes, haciendo insinuar á Abaza que lo vendia Kulaun, y persuadiendo á Kulaun que Abaza conspiraba contra él. Este, sencillo como buen bárbaro, era go-

bernado por un scheik fanático de Cesaréa, que le prometia el favor del cielo, y le mostraba en lontananza el puesto codiciado de gran visir, restaurador de la monarquía otomana.

La desgracia de Abaza comenzó por su credulidad en las insinuaciones de Taiar, gobernador de Siwas. Convencido que su pérfido teniente lo vendia á la Puerta, invitó á Kulaun á una fiesta en su campamento bajo los muros de Siwa, y lo hizo asesinar despues del festin. Consumada la ejecucion escribió una carta amenazadora al aga de los genízaros de Constantinopla, para anunciar impolíticamente á aquella milicia el ódio implacable que sentia contra ella. Esta carta irónica de Abaza, inspirada por sus pérfidos consejeros, era la tea que iba á encender contra él la cólera del ejército del gran visir.

Decia así:

« A nuestro honrado señor y hermano, el kiaya de los genízaros.

« Tú excitas á tus soldados á marchar contra el rebelde Abaza á las órdenes del gran visir. Indudablemente es un punto de honor para los genízaros; ¿pero porqué olvidar á los begs y los spahis? ¡Valor! ¡continua ganando el pan del padischah con

« tus servicios! Si tan noble ardor se hubiera apode-
 « rado de vos un poco ántes, no hubierais visto tran-
 « quilamente el asesinato de vuestro amo en medio
 « de la mezquita. Por desgracia, vuestros hermanos
 « los spahis, no contentos con los mejores puestos
 « bajo la cúpula del divan, se han apoderado de los
 « destinos de recibidores y recaudadores, sin que os
 « quede la menor cosa; en verdad, sin vuestra frater-
 « nal ayuda, ¿habrian logrado su intento? os pre-
 « gunto yo. ¡Hé aquí pues todo el fruto que habeis
 « logrado con el saqueo de los mas suntuosos pala-
 « cios de Constantinopla! Vos sois la causa de la
 « ruina del islamismo. Si el sultan Othman se hu-
 « biese refugiado á la puerta de los spahis, su destino
 « hubiese sido muy diferente. ¿Habeis obrado por el
 « oro? En ese caso, el infortunado padischah os hu-
 « biera prometido fácilmente cincuenta ducados por
 « cabeza. Aunque la madre del sultan Mustafá sea
 « de la familia de Abaza y pariente mia, y aunque yo
 « hubiese podido celebrar su exaltacion, el cielo es
 « testigo de que he empuñado las armas para vengar
 « la sangre injustamente derramada. Reune pues to-
 « dos tus guerreros en tu derredor. Como Nabuco-
 « donosor, que vengó la sangre inocente del profeta
 « Juan, degollando setenta mil israelitas, yo quiero
 « matar setenta mil genizaros para vengar la muerte

« del padischah. Yo te veré el dia de la batalla y en-
 « tónces verémos si los spahis te sirven mucho. Es-
 « tos hombres que con vuestro auxilio no tenian
 « para dar de comer á un caballo, son ahora dueños
 « y poseedores de grandes territorios. ¡Insensatos!
 « ¿qué habeis logrado con vuestra traicion? el nom-
 « bre funesto de asesinos de un sultan! Por mi alma!
 « cuando Khalil-bajá era aga de los genizaros, yo era
 « su escudero; yo sé por consiguiente lo que pasa en
 « el estado mayor; el kiaya ha dado la voz, y si tú
 « pretendes no haber tenido ninguna parte en el crí-
 « men, y afirmas que lo ha cometido Daud-bajá, ¡en-
 « trega á los asesinos!

« Salud. »

« Hé aquí á un hombrecillo bien orgulloso, » dijo
 el kiaya de los genizaros leyéndoles en alta voz la
 carta de Abaza; « si lo dejamos, matará mas geniza-
 « ros que los que hay en todo el imperio. »

— « En Choczim no éramos mas que veinticinco
 « mil contra los polacos, » exclamó un simple sol-
 dado; « el sultan que nos ha aumentado hasta cua-
 « renta mil en los malos tiempos, puede muy bien
 « subirnos á ochenta mil. »

La indignacion se apoderó de las tropas. El viejo
 Tscherkesse, inhábil para el mando, cedió el puesto

de gran visir y la direccion de la guerra á Hafiz-bajá, vencedor de los persas. Hafiz era pariente y antiguo amigo de Abaza; pero se justificó de toda traicion con la lealtad conocida de su carácter. Partió á la cabeza de ochenta mil combatientes, enemigos encarnizados de Abaza, y acampó durante veintiun dias en la fértil llanura de Koniah. El tiempo, la seduccion, la perfidia gastaban las fuerzas de los rebeldes y aumentaban las suyas. El hombre de estado estaba en él á la altura del general: sabia que en frente de la anarquía, aguardar es vencer.

XI

Sus soldados acusaban su lentitud, porque no comprendian su discrecion. Ansiosos de combatir en Abaza á su enemigo personal, intentaron muchas veces ponerse en movimiento sin recibir la señal del combate. El intrépido Hafiz se lanzó sable en mano á las avanzadas para contener su intempestivo ardor. No dió la batalla hasta que tuvo seguridad de la defeccion de los turcomanos, que constituian la princi-

pal fuerza de Abaza. Al primer disparo se pasaron con Taiar-bajá á los turcos.

Los kurdos y los árabes, antiguos camaradas de Abaza, no siguieron la defeccion; pero el terror pánico desconcertó á los que no pudo vencer la presencia de un ejército. El caballo de batalla de Abaza, tenido de la rienda por un escudero, mientras que su amo oraba ántes de combatir, se soltó y echó á correr por toda la línea de la caballería kurda; los ginetes de Abaza, viendo el caballo desbocado del general, creyeron que Abaza habia muerto á manos de los turcos, y se desbandaron al primer encuentro, como si hubiesen perdido su causa al perder á su jefe. El mismo Abaza, viéndose sin ejército ántes de la batalla, montó el mas ligero de sus caballos, que un esclavo tenia ensillado á prevencion y huyó rápidamente con los kurdos mejor montados. Todos sus infantes cayeron en poder de Hafiz, que ahogó su rebelion en su sangre. Montones de cabezas fueron los monumentos de esta derrota. Las mujeres y los hijos de Abaza, cogidos en su fuga fueron conducidos cautivos á Hafiz, que los libró de la muerte de los prisioneros. Abaza llegó á Erzerum y se encerró allí con sus últimos defensores.

Satisfecho Hafiz con haber purgado y pacificado la Anatolia, aplazó para otra ocasion el exterminio del

autor de la revuelta, dueño aun de una ciudad fuerte y de una provincia montuosa. Soltó á su familia, recibió su sumision al sultan, y le garantizó el título de bajá de Erzerum. Trastornos y desastres en Crimea lo llamaban á Constantinopla para reparar en el mar Negro el ascendiente desvanecido de los turcos.

XII

Los dos hermanos, Mohammed-Gherai y Schahin-Gherai, habian estado mucho tiempo proscritos del trono por la Puerta, que habia conferido el título de khan de Crimea á otro príncipe de su casa. Mohammed-Gherai, fugado del castillo de las Siete Torres, y Schahin-Gherai, refugiado en Persia en la córte de Abbas el Grande, habian vuelto á Crimea para sublevar y alistar sus partidarios entre los tártaros noghais. Schahin-Gherai (*el halcon*), apoyado en el testimonio de un dervis que tenia reputacion de profeta, se creia llamado al imperio del Oriente, porque este imperio estaba prometido, segun la prediccion, á un príncipe de la casa de los Gherai, que habia de llevar el nom-

bre de una ave. Los dos hermanos, coligados contra el khan nombrado por la Puerta, lo habian expulsado del trono y del país. Mohammed habia usurpado el título de khan; y Schahin, segun la extraña constitucion de Crimea, gobernaba á sus órdenes con el título de khalga ó sucesor del trono.

No tardó su tiranía en sublevar murmullos y facciones en Crimea. Habian hecho dar muerte á su paso á embajadores rusos, enviados á Constantinopla, y se habian apoderado de los presentes que llevaban al sultan. Habian reclutado un numeroso ejército de tártaros con falsos pretextos de invasion en Polonia, pero en realidad con el objeto de marchar sobre Andrinópolis, durante el reinado del imbécil Mustafá I. Hacian alarde públicamente de querer aprovecharse de la anarquía de aquella sombra de reinado para sustituir á mano armada la dinastía por derecho de parentesco á la dinastía legítima de Othman, próxima á extinguirse. Sin hijos ambos acababan de proclamar á un príncipe jóven, bastardo del antiguo khan Fetch-Gherai Nureddin, es decir, heredero presuntivo de la corona de los tártaros de Crimea.

Esta adopcion tenia por objeto el atraer á su causa á los partidarios de la antigua rama de su familia, desposeida por ellos del trono, sin perjuicio de excluir á los herederos legítimos de esta rama. El na-

cimiento de este Nureddin, llamado Ahmed-Gherai, habia sido rodeado de accidentes misteriosos, de los que fascinan fácilmente á los pueblos pastores. El antiguo khan de Crimea, segun las tradiciones del país, habiendo recibido el presente de una jóven, esclava moldava de elevado nacimiento y de encantadora belleza, la habia respetado apesar de la admiracion que le causaba, y la habia confiado á un anciano, preceptor suyo, llamado Hadji-Ahmed, hasta el momento en que pudiese restituirla con seguridad á su padre.

Sin embargo, una noche, á la hora en que el khan despedia á su córte para entregarse al sueño, uno de sus favoritos le anunció como nueva feliz que la jóven moldava, reputada vírgen, acababa de dar á luz un hijo, y añadió sonriendo y felicitando al khan, que aquel niño no podia ménos de ser un dia un gran príncipe. Ofendido el khan al ver que sospechaban que hubiese faltado de aquella suerte á la hospitalidad prometida á la hija de un boyardo, y rechazando la alusion de paternidad con que se le lisonjeaba, tiró sus chinelas al rostro del imprudente favorito, y dió orden de matar al viejo, á la esclava y al niño. Pero bien porque esta orden fuese un ardid del khan, imaginado para ocultar la ternura bajo una fingida cólera, bien porque Hadji-Ahmed, prevenido á tiem-

po, hubiese evitado la ejecucion con la fuga, anciano, madre é hijo desaparecieron; y este, criado en las estepas de la Crimea por pastores que ignoraban su nacimiento, recibió entre ellos hasta su adolescencia el nombre de Mustafá.

Los dos hermanos Gherai, usurpadores del trono del khan, padre real ó supuesto de Mustafá, lo descubrieron bajo estas tiendas de pastores, lo hicieron educar en su córte y lo proclamaron Nureddin, en perjuicio de sus primos, herederos legítimos y directos. Esta predileccion suscitó violentas querellas entre el jóven Hassan-Gherai, sobrino del khan depuesto, y el Nureddin. Hassan-Gherai en una de estas querellas de niños, osó llamar al Nureddin pastor moldavo y bastardo del esclavo. Este mote le quedó al jóven pretendiente á la soberanía de los tártaros.

XIII

La Puerta se ofendia viendo que príncipes tributarios y parientes de su dinastía deshonoraban su sangre, adoptando un bastardo y afectando pretender el mismo trono de Constantinopla. El divan depuso á Mohammed y restableció al antiguo khan.

Mohammed y su hermano resistieron esta orden. « ¡Cómo! » respondieron al capitan-bajá encargado de someterlos, « ¿ es justo y político condenarnos á « la expatriacion en el momento en que acabamos de « reunir cien mil tártaros para defenderos contra « vuestros enemigos de Polonia y de Asia ? Todos los « habitantes de nuestras estepas tienen sus carros « dispuestos, y solo aguardan la señal de la partida. « ¿ Es este el momento escogido para enviarnos ver- « gonzosamente á nuestros *yurds*, al fondo de nues- « tros desiertos ? Cuando hayamos abandonado la « Crimea, cuando haya caido en poder de los infie- « les rusos, ¿ creéis que sereis dueños de Caffa y de « vuestras ciudadelas ? »

XIV

El capitan-bajá, sordo á estas quejas, dió la batalla á los cien mil tártaros y á miles de cósaos, aliados suyos. Los turcos, vencidos y envueltos por el número, quedaron muertos ó fueron hechos prisioneros. El precio de un turco bajo las tiendas de los tártaros era tan ínfimo á causa de la multitud de los

cautivos, que se compraba un esclavo otomano por un vaso de *buza* (cerveza de Crimea extraida desde tiempo inmemorial de la cebada fermentada).

Caffa, desprovista de defensores, fué ocupada por Mohammed-Gherai. El capitan-bajá se vió obligado á reconocer vergonzosamente la soberanía de los dos hermanos y del Nureddin, para recobrar aquella ciudadela de la Crimea marítima. Reembarcóse con los restos de su ejército, de su artillería y de su escuadra. Este triunfo exaltó el orgullo de los dos tiranos de la Crimea. Inmolaron para su seguridad á todos los mirzas, príncipes ó jefes de tribu, que inspiraban sospechas de fidelidad á la rama legitima. La mujer de su enemigo, el príncipe Cantimir, jefe de la faccion tártara, contraria á la de los dos hermanos, fué quemada, apesar de su preñez, á fuego lento, en presencia suya. Luego persiguieron á Cantimir hasta Valaquia; pero este, á la cabeza de treinta mil tártaros, moldavos y valacos, echó su ejército al Danubio enrogecido, dice el historiador, con los torrentes de sangre, derramados en sus márgenes.

Durante esta campaña de los príncipes tártaros de Crimea contra Cantimir y los turcos, los cosacos tártaros, nómadas, piratas y gente de á caballo devastaron la tierra y el mar, y se presentaron por la vez primera desde la ocupacion del Bósforo por los tur-